

Tiempo de utopías

Utopía, sueño de vida

Paco Rallo

Nos dijo Oscar Wilde “El progreso es la realización de las utopías”.



De Tomás Moro a Aldous Huxley, 2016. Técnica mixta y collage sobre papel manila. 85 x 118 cm (Fernando Estallo)

Construir y destruir /Destruir y construir, dos conceptos que van unidos. Las sociedades se han desarrollado y superpuesto a través de los siglos entre conquistas, guerras y fanatismos. Persiguiendo ambiciones, siempre de carácter personal, material o de culto, este hecho generó sangre y sufrimiento, a la par que desigualdad social y cultural. Los poderes mandan en un mundo que está al servicio de políticas concretas o creencias, en beneficio de los insaciables y descarnados ante sus semejantes y su entorno natural. Solo

nos queda como entes libres la lucha colectiva y la utopía individual. Eduardo Galeano declaró que “La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar”. Me identifico con este transitar, pero también es cierto que los sueños de estas quimeras inalcanzables, con el tiempo se hacen realidad.

Se va progresado en algunos derechos universales, clasificados no hace tantos años de utópicos. Todo

es muy lento, pero se va logrando gracias a la lucha de nuestros abuelos, padres e hijos. Esto no significa que vivamos en una sociedad justa ni perfecta, todo lo contrario, está llena de porosidades e imperfecciones que deben ser trabajadas por todos. Destruyamos tópicos y prejuicios adquiridos –“Así, la conciencia es pura y simplemente obra de los prejuicios que se nos han infundido, o de los principios que nosotros nos formamos”–, decía el divino Marqués de Sade. Construyamos una nueva cultura

social sin miedo, trabajando unidos mujeres y hombres, en libertad de pensamiento, obra, creencia, sexo, raza o condición social. No es una utopía, es una realidad imparable, donde los filósofos, artistas, científicos y educadores más la comunidad deben formar juntos nuevas sensibilidades, dentro de un compromiso con las causas sociales, ecológicas y humanistas. Los cimientos están puestos, debemos hacerlos realidad con los más jóvenes. Nos dijo Oscar Wilde: “El progreso es la realización de las utopías”.

Los artistas llamados “inclasificables” creo que entienden mejor la utopía, porque no se concebiría su empeño de ir siempre por delante de la corriente generalizada. Esta actitud vital les lleva a construir mundos propios semejantes al pensamiento de Tomás Moro, inventando su “Isla”. Desde ella crean belleza para trasmitirla a la sociedad. También son críticos y denuncian lo que perciben, sufriendo en soledad la incompreensión y a veces pasando precariedades. Muchos de ellos no tendrán reconocimiento, pero perseguirán esa ilusión utópica durante toda su vida. Hay muchos ejemplos de ese empeño, recordemos a Vincent van Gogh: “No soy un aventurero por elección, sino por el destino”, ese destino le llevó a no vender ningún cuadro en su vida; menos mal que tenía la comprensión y el apoyo de su hermano Theo. Otro de los grandes pintores el neerlandés, Johannes Vermeer murió en la indigencia, su mujer renunció a su herencia para anular sus deudas y sus bienes fueron a manos de los acreedores, los de siempre, avaros sin escrúpulos, pero de misa diaria. Estos dos pintores son fundamentales en la cadena de eslabones de la historia de arte, siendo actualmente tan deseados como cotizados. La vida tiene sus paradojas y repeticiones. Qué decir de los poetas y los músicos, que han compartido momentos intensos con los artistas plásticos y sus musas, desde las ale-

grías y los padecimientos, pasando por el frío, el hambre, las enfermedades, el delirio y el éxtasis. Ellos son príncipes de la creación a la vez que desheredados, almas puras al servicio de la palabra escrita, la composición musical, la pincelada precisa o el sensual volumen, a veces con tanta exactitud que emocionan sus obras, siendo sus creaciones tan incomprendidas como imprescindibles para el avance de la humanidad. Recordando a Walt Whitman: “Si llego a mi destino ahora mismo, lo aceptaré con alegría, y si no llego hasta que transcurran diez millones de años, esperaré alegremente también”. Optimismo que no falte, compañeros de viaje.

Hemos alcanzado un nuevo milenio y pienso hace tiempo que estamos en un cambio total en avances y conceptos, imparables, en todos los campos profesionales. Lo defino como la “Era de la Ciencia”. Las herramientas tecnológicas nos facilitan precisión y rapidez, también nos acercan a la información global y nos deberían hacer más libres intelectualmente, aunque el exceso de ella nos puede llegar a narcotizar, generar amnesia a corto plazo e insensibilizar ante los problemas reales. Recuerdo que visité el exquisito museo de Champollion en Figeac (Francia); sus fondos recogen las escrituras del mundo. Antes de acceder al edificio, en el pavimento exterior, te recibe la intervención conceptual del artista Joseph Kosuth, un enorme bloque de granito negro sobre el que se reproduce fielmente la piedra de Rosetta. La colección abarca desde los primeros signos realizados con incisiones en la prehistoria hasta la actualidad, pasando por todas las formas de escrituras conocidas de las diversas culturas de todas las épocas y de los cinco continentes. Impresiona ver la lentitud de los tiempos, hasta llegar a la imprenta, la máquina de escribir, el telégrafo, la computadora y el ordenador. A partir de esta herramienta se precipita todo con una velocidad de vértigo

por la diversidad de opciones, funciones y soportes de almacenamiento. Es un viaje en el tiempo donde notas la grandeza del ser humano y la capacidad de evolucionar, desde las formas más simples a las más sofisticadas e incluso extrañas. Tuve la misma sensación en el museo del Hombre de París.

Recibimos constantemente miles de impactos visuales y auditivos, generándonos nuevos lenguajes estéticos, a través de los diferentes medios de comunicación y diversas redes sociales. Este hecho nos hace estar acoplados en tiempo real a lo que sucede, a través de internet y las aplicaciones del móvil, ya sea por *e-mail*, *Whatsapp*, *Facebook*, *Twitter*, etc. Recuerdo las palabras del filósofo Francisco Jarauta, que nos habló a Manuel Estradera y a mí de la importancia del móvil y de la videoconsola, por haber provocado la vuelta a la escritura de los jóvenes, llegando incluso a crear nuevas jergas. Para él era irrelevante que cometieran faltas de ortografía, lo trascendente era volver a escribir. La revolución tecnológica al servicio del progreso de la escritura. También reflexionó sobre la importancia de los dedos pulgares, afirmando que, por primera vez en la evolución del ser humano, estos tenían una función nueva que no era la de agarrar. Un lujo de conversación con este ilustre pensador.

Sigamos avanzando con nuestras utopías, cada uno con las suyas. Seguro que la vida es mucho más intensa y divertida.